

III.

Domingo 3 de Enero.

A las cuatro, al acabar mi servicio, todos los botes de á bordo han partido. Para ir hoy á tierra voy á fletar una de esas piraguas indias que han venido hasta nosotros para traer cocos á la tripulación.

Piragua larga, delgada, airosa, con forma de flecha «ligera», como llaman en marina á esos barcos inestables que un soplo arrastra ó vuelca, y ya llena de agua. Tendré que hacer tres millas de aquí allá con remeros, contra unas olitas rizadas que salpican, lo cual durará más de una hora. ¡ Tanto peor! Me embarco y me instalo. Es uno lo exactamente grueso para sentarse en aquel cascarón afilado.

Partimos con grandes gritos, y los rocíos nos ciegan. Pero al cabo de cien metros, los remeros parecen reflexionar, y se paran: me han aceptado

de buena gana como pasajero; pero, sin embargo, antes de ir más lejos, les agradecería saber cuánto pienso pagar.....

Cuando he prometido pagar una *rupia*, ó quizá más si los remos van de prisa, aquello se convierte en entusiasmo; abren un gran paraguas para quitarme el sol, me abanicán, hasta se esfuerzan por distraerme con sus cantares.

El indio que se ha encargado de cantármelas se agacha enfrente de mí, muy cerca, muy cerca, hasta el punto de impedir mis movimientos. Estamos los dos sentados en el agua, en el fondo mismo de la estrecha piragua, tocándonos con las rodillas. Nuestros ojos están más bajos que las pequeñas olas azules que se mueven alrededor: circulamos en medio de ellas, en su intimidad, si así puede decirse, viéndolas casi siempre por debajo, como si estuviésemos echados en el agua como los nadadores. Cualquiera diría que habían desleído añil; tan vivo tienen el color.

Las canciones del indio son largas y siempre las vuelve á empezar: los tripulantes al remar las acompañan. Me las canta acercándose todo lo que

puede; me las grita en mi cara, abriendo su boca cuanto le es posible, mostrando hasta el fondo su blanca dentadura: siento en mis carrillos su aliento, que tiene algo del olor almizclado de las serpientes. En ciertos parajes, aquello no es ya un cántico, es una especie de aullido por sacudidas que se repiten, durante el cual sus dientes chocan muy de prisa como si temblase. Entonces tiene un aspecto muy salvaje, y á pesar de su belleza, parece un mono muy grande.

En vez de entrar en el riachuelo, como de costumbre, atracaremos, á lo que parece, delante del pueblecillo de los pescadores, en las rompientes, en la gran playa. Dejo que hagan lo que quieran, pues hoy nada tengo que ver con las maniobras. Vamos muy de prisa, sacudidos por los grandes golpes de remo, columpiados por las olas azules, sintiendo el sol ardiente sobre nuestras cabezas.

—¡Las rompientes, la playa!

Mis indios se meten todos en el agua, lanzando grandes gritos; empujan su piragua hacia el coral; me tienden sus brazos para que me sirvan de escala, y salto á tierra, salpicándome un mar de espuma.

Las cinco y media de la tarde.—El sol, ya bajo sobre el mar, ilumina las palmeras por debajo; sobre todas sus largas tiras grises hay como un reflejo de incendio. La luz es siempre de oro; pero en aquel momento es de un oro rojo, más sorprendente que el oro de la mañana y que el oro del día. Tres personajes que surgen de debajo de los bosques me salen al encuentro para verme: dos viejos de barba blanca con cara noble, vestidos como los santos de nuestras iglesias, y una joven con el cuello desnudo, de una belleza extraordinaria lleva una cesta en la cabeza.

Al mirarlos cómo vienen del fondo de aquella decoración maravillosa, en aquella irradiación dorada, pienso en alguna escena del pasado prehistórico más lejano; así es como en mi imaginación me representaba yo en otro tiempo las primeras edades del mundo, donde todo era bello y tranquilo, en que los seres y las cosas resplandecían de un modo que hoy no conocemos.

Sin objeto alguno erraba yo á la hora del crepúsculo por las avenidas sombrías que conducen al Gobierno. Es un domingo por la noche, y en

aquel barrio casi europeo hay gente que se pasea con *ropa de día de fiesta*; indios é indias con trajes franceses; señores con gaban negro; señoras con sombrero de plumas y flores. Y esto recuerda bien el paseo después de vísperas en nuestros pueblecillos de Francia. Es curioso ver cómo en ciertos momentos todos los países llegan á parecerse, cómo se parecen las cosas en todas partes, y cómo la especie humana es una, y qué pequeña es la Tierra....

Entre todos estos niños que salen de las casetas y siguen mis pasos como moscas, hay dos que consiento en tener á mi lado en calidad de *guías*, conmovido por sus instancias. Son dos hermanos de diez á doce años, y dicen en francés: «Mire usted, señor, somos huérfanos, somos muy pobres; tú nos darás lo que quieras y quedaremos contentos.» Hablan bien, aproximadamente, pronunciando despacio y con un acento extraño. Son muy agradables, y parecen, en efecto, muy pobres, no teniendo para vestirse más que unos paños hechos jirones. Nos convenimos; me seguirán en mis pasos, uno á la derecha y otro á la izquierda, hasta la hora de mi partida.

Llega la noche, siempre de prisa bajo todas aquellas palmeras. En la única calle y en los paseos que están cerca del Gobierno, se encienden faroles de petróleo, colocados en el extremo de unos palos de madera, lo cual completa el falso parecido que tiene Mahé con una ciudad francesa invadida por la vegetación exótica.

Hay una especie de inmensa avenida que no se ilumina, pero en la cual hay alguna mayor claridad, porque tiene de anchura cien metros por lo menos: es como una especie de calva recta en la selva de palmeras que lleva á la tierra inglesa. Precisamente, en medio de este camino gigantesco corre un pequeño sendero alomado para los transeuntes (el resto por los dos lados son arrozales inundados, llenos de agua). Y aquel día pásense por aquella loma las gentes de Mahé, al aire libre; sin duda esto les sirve de reposo y distracción de aquella continua vida bajo el follaje. En aquella hora crepuscular los campos de arroz se parecen á nuestros campos de Francia antes de la cosecha; y como muchos de los paseantes están en traje europeo, aquel conjunto de cosas continúa

produciendo una impresión de domingo campesino, recordando los paseos de las tardes de Junio en nuestras aldeas francesas en medio de los trigos. También pasan las hermanas de la escuela, seguidas de una fila de indias que van de dos en dos correctamente: trigueños diablillos de amor, que se ven con mucho gusto. Cruzo muy de cerca á aquellas colegialas en el sendero en relieve que no permite separación: tienen pechitos ya formados y pequeños desarrollos ya indicados. Todas, una tras otra, alzan la vista hacia mí, mirándome con sus hermosos ojos, que son profundos abismos negros, como diciéndome:—Estamos tan formales y tan modestas con nuestras tocas blancas, por broma, por pura broma, pues esto no ha de durar; somos de la sangre de las bayaderas y de las apsaras, y contamos con tomar pronto el vuelo cuando transcurra algún tiempo, cuando seamos bastante grandes.—Han pasado sin desorden y sin ruido, volviendo á adquirir á alguna distancia su aspecto de novicias. ¡Extraño y menudo cortejo el que tienen aquellas hermanas y que les dará que hacer más tarde!

De cada lado de aquel espacio vacío en medio del cual nos paseamos, se extiende como una magnífica cortina sombría, el límite de los bosques de palmeras, donde ya no debe verse nada. Las cigarras cantan; el cielo presenta un matiz purpúreo completamente extraordinario, como si se quemasen luces de Bengala, y las estrellas que comienzan á brillar se parecen á pequeñas luces verdes sembradas en un fondo rojo.

Entablé relación ayer con dos amigos, y vuelvo para verlos: dos viejos indios que tienen una tiendecilla de bananos y de especias á la orilla del bosque. ¿A quién venderán esto? Nadie pasa por delante de su casita aislada; entre ellos y el camino alto, por donde pasan algunas personas, está el arrozal. Llego allí con mis dos guías inseparables; me reconocen, y en seguida se ponen á escoger los mejores bananos para hacérmelos comer. Luego me instalan en una estera delante de la puerta y encienden la lámpara colgada, que es de cobre y de una forma antigua, con varias ramas formando estrellas.

Esta caseta tan pequeña, tan ínfima al pie de

los grandes árboles, está asentada sobre cinco ó seis hiladas de piedra, formando escaleras como un templo. Empieza ya á no verse nada. Los transeuntes comienzan á escasear por el paseo: ya no son más que formas indecisas, negras ó blancas. El cielo sigue rosado y rojo, con todas sus estrellas encendidas encima, y el límite de los bosques de palmeras se destaca sobre aquel resplandor de arriba en series de plumas negras. Las cigarras cantan por todas partes en los campos de arroz. Hace casi frío. Los mosquitos vienen á zumbar alrededor de la lámpara colgada, en la cual se añade de cuando en cuando un poco de aceite de coco con una cuchara de mango largo. No pára casi nadie; el lugar se pone muy solitario. En esto llegan unos niños para verme; no sé de dónde salen aquellos pequeñuelos; sin duda del bosque que está detrás de nosotros. Se sientan á mis pies sobre aquellos peldaños, levantando la cabeza para mirar. A cada instante llegan otros, que no hacen ruido con sus pies descalzos; corriendo muy ligeros, con algún paño blanco que flota al viento sobre sus miembros morenos, aparecen y se colocan

sin decir nada como grandes libelulas nocturnas, como grandes saltamontes que se ponen en el suelo. Ahora son unos veinte, agrupados debajo de mí. Las largas plumas negras de las palmeras siguen recortándose sobre el cielo de la noche, donde las tintas rojas acaban de morir; un vapor fresco se levanta del arrozal y se extiende sobre toda la avenida como un humo blanco que flotase al ras del suelo sobre las hierbas.

Cuchichean bajo entre sí los pequeños en indio, manifestándose sus impresiones acerca de mí. Y luego están preparando alguna cosa para sorprenderme, lo estoy viendo claramente, para pedirme luego algunos cuartos como recompensa: ¿qué será?

De pronto uno de ellos, de unos diez años, se levanta grave, tose un poco como el que va á pronunciar un monólogo, y comienza con gruesa voz de papagayo, ronca, cómica:

*La raison du plus fort est toujours la meilleure
Nous allons le prouver tout à l'heure.....*

¡Oh, lo que es asombrarme, me asombran! Es tan sorprendente aquello para mí, que si no estu-

viese solo me hubiera reído como un loco. Pero cuando uno está solo no se ríe uno nunca más que para sí.

Y todos me observan para ver el efecto que me produce. Por lo visto no sabe más: se para de pronto como un mirlo que ha silbado el principio de una canción; en su escuela no han llegado más que hasta allí..... Y mis pequeños guías opinan que haría bien en darle una moneda de diez sueldos por lo menos por su trabajo y su saber.

Es extraño oír á todos aquellos niños hablar nuestra lengua y considéranse muy honrados en ser de nuestro país.

..... Me voy. Comienza á ponerse triste aquel lugar aislado y negro. Y por lo demás, vestido de lienzo y sentado en aquellas piedras, empiezo á sentir como frío.

Me despido de todos aquellos *francesitos* que formaban mi cortejo de buen grado, quedándome solo con mis dos guías. Para utilizarlos en algo, les pregunto si no habría pagoda que visitar en las cercanías, pues no he visto ninguna en ninguna parte.

Precisamente hay una allí cerca, á donde van á acompañarme en seguida, por más que sea de noche. Es una pagoda de la religión de ellos, una pagoda *Tiss* (porque no son ni cristianos ni musulmanes aquellos dos pequeños; no, son *Tiss*, y me repiten la palabra, muy sorprendidos de que parezca que yo no los entiendo).

Al principio seguimos la orilla del bosque, que nos domina como una alta muralla negra inclinada sobre nuestras cabezas; marchamos por la vertiente de una especie de talud donde nuestros pies se deslizan en la obscuridad, hundiéndose de cuando en cuando en el lodo líquido del arrozal. Y luego entramos en pleno oquedal, por algo que debe ser un sendero; y henos bajo la bóveda de las palmas, en la noche espesa, en la noche absoluta. Me llevan cada uno con una mano, como dos perrillos inteligentes y cariñosos conducirían á un ciego, y me abandono, yendo con el paso vacilante de una persona que llevase los ojos vendados. Me guían con precauciones infinitas y con una habilidad de Pielas-rojas, manteniéndome siempre en medio del sendero, mientras que sus pies se en-

ganchan en las grandes plantas de las orillas ó se hunden en los agujeros. Hay cosas que se sienten escapar delante de nosotros en la espesura de las hojas; lagartos ó aves ó animales cualesquiera que dormían y á los cuales espantamos. A veces siento que me hacen pasar por una tabla delgada, mientras que sus pies se chapuzan ruidosamente en el agua: un puentecillo sobre algún arroyo que atraviesa el camino. Es tan de noche, que prefiero cerrar los ojos. Ramas, hierbas locas me azotan el rostro. Y siempre aquel olor cálido, almizclado, que sube de la tierra y que trastorna en cuanto se está debajo de los árboles.

Pretenden que llegamos. Entonces miro, y á través del encaje de las hojas veo una cantidad asombrosa de luces que brillan, que tiemblan; como prontas á extinguirse; luces tan pequeñas, tan discretas, que parecen resplandores de insectos. Por lo demás están distribuídas con mucha regularidad en filas: parece aquello un gran tablero de damas iluminado en todas sus esquinas por gusanos de luz.

Es la pagoda, dicen; es la fachada, que está iluminada de aquel modo extraño.

Entramos en una pequeña calva donde cae de arriba el resplandor de las estrellas, y esto consuela después de la obscuridad profunda y la sofocación de aquellos bosques. La pagoda está allí delante de nosotros, con su iluminación misteriosa, que tiembla á cualquier soplo imperceptible de la noche y que sigue apagándose. Es una pagoda muy humilde, muy baja, de madera vieja carcomida. En las tablas de la pared hay especies de cucharas clavadas por el mango por intervalos regulares, guarneciéndolo todo desde la base hasta el techo; están llenas de aceite, y en cada una de ellas se empapa una mecha encerada, como un tallo de hierba, que acaba de consumirse.

No hay nadie alrededor, y sin duda nadie dentro tampoco, porque la puerta está cerrada con cerrojo. ¿Quién es el que ha venido á encender aquellas lucecitas, tan poco duraderas, que parecen hechas para no tener más que algunos minutos de vida? ¿Para qué furtiva ceremonia aquellos preparativos de un momento? Mis guías no pueden decírmelo. *Se hace esto muchas veces por la noche..... cuando hay algo que pedir.....*

Toda aquella luz se apaga.... Vamos á volver á caer en la noche oscura.

Pero antes los pequeños me enseñarían de buena gana el interior de su templo, los idolos que le habitan. Y helos aquí sacudiendo aquella vieja puerta, desgarrándose los dedos en los herrajes; resiste, hay que renunciar. En la pared los lumineros moribundos se siguen extinguendo. ¿Cómo arreglarse? A falta de otra cosa, querrían, por lo menos, presentarme un dios, uno antiguo, que se ha relegado por desecho detrás del templo.... Pero á éste no le encuentran.... ¡Ah, ya lo veo, ó más bien, lo adivino; debe ser aquella forma de espantoso gnomo, agachada en el suelo, adosada á la pared. Con una de las pequeñas mechas que brillan todavía, cogida con los dedos con exposición de quemarse, la iluminan por debajo de la barba, y distingo una figura horrible, rudimentaria, dos carreras de dientes, una frente y ojos carcomidos por el pulgón de los bosques. Al lado, fragmentos de escultura sobre la hierba, que parecen despojos de monstruos, de piernas, de quijadas.

Todavía otra cosa que enseñarme. Pronto, pron-

to. Se ve bien claro que están familiarizados con el lugar. Mientras el más pequeño, muy agitado, con los dedos llenos de aceite, elige acá y allá en las cucharas de la pared los cabos de torcida que todavía pueden volverse á encender, el hermano mayor se alza sobre la punta del pie, trepa y va á registrar bajo las vigas del techo.... Por fin, ha logrado poner la mano sobre el personaje que buscaba: un pequeño monstruo de madera, grosero, borroso, que tiene vagamente una cabeza de elefante sobre un cuerpo de hombre. Los dos se ríen en sus narices, y luego le vuelven á meter en su agujero á toda prisa. ¿Qué hace allí aquel dios, y por qué le tienen colocado en aquel agujero bajo los techos con los nidos de pájaros?

Han conseguido pescar otras torcidas: las encenderán una tras otra en el camino, y si andamos muy de prisa, aquella iluminación nos servirá á través de los bosques hasta la grande avenida de donde salimos.

Apenas alumbran aquellas extrañas lamparillas que sacuden con gestos escaldados; pero con ellas vemos de cuando en cuando alguna forma de hoja,

la parte inferior de una palmera, ó bien alguna flor de orquis que se destaca de pronto sobre el fondo verde sombrío.

Y luego ¡era! tiran la última en la hierba, quemándose de verdad. Y henos aquí más dignos de lástima que nunca, sin que nuestros seis ojos juntos puedan ver ni una gota; mis guías se embrollan y me llevan á un macizo impenetrable, á un sitio en que me encuentro con los pies en el agua y con el cuerpo enredado por las ramas.....

.....
Por fin salimos del atolladero y volvemos á las hermosas calles derechas de los barrios civilizados.

En estas alamedas se ven correr por acá y allá grandes luces balanceadas sin cesar por un movimiento que las atiza. Son los transeuntes que se alumbran así, siguiendo la antigua moda india: un manojo de ramas encendidas que se lleva en la mano y que se sacude al andar agitando los brazos para avivar la llama. Aquellos luminaires se cruzan en todas las direcciones, agitándose y dejando en el aire un humo perfumado.

Una hora lo menos todavía antes del momento en que mi barco debe venir á la embocadura del río para tomarme, á fin de hacer la travesía nocturna de cada noche.

Aquí ya no hay nada que hacer. He pagado á mis pequeños guías, que ya no necesito; pero quieren permanecer cerca de mí hasta el fin, por desinterés, por afecto.

Delante de la iglesia, en medio de la gran plaza descubierta, hay un banco de piedra bajo un árbol. Un árbol que, por causa extraña, no es una palmera, pero que se parece casi, de noche, á uno de nuestros robles franceses. Me siento allí para esperar, con mis compañeritos á mi lado.

Alrededor de aquel sitio hay otros árboles, que forman como cortinas negras, en los cuales no se conoce ningún detalle, nada que indique una región precisa de la tierra. Y aquella iglesia que se levanta tranquila y blanca bajo las estrellas, me hace pensar en una de las aldeas donde pasaba yo los veranos de mi infancia. Los dos pequeños, que están cerca de mí contándome historias, hablan nuestra lengua, y muchos de nuestros aldeanos se

expresan menos bien que ellos. La hierba huele bien; los grillos cantan, como entre nosotros, en los esplendores del mes de Junio..... ¡Oh bella noche estrellada, noche tranquila, noche llena de dulces claridades, noche maravillosa!..... ¡Y decir que aquel banco de piedra, en el cual descanso con una tranquilidad tan deliciosa, está situado en un país lejano, perdido, donde los azares de la vida me han llevado por un día y donde sin duda nunca volveré! Es extraño, sin embargo, ver cómo se parece á otro cierto banco dondè me sentaba en otro tiempo, hace mucho, por la noche, al raso.....

Aquel reposo en la obscuridad, aquel aire tibio, aquellos olores de hierbas, ¡con cuánta claridad me recuerda todo esto las noches de los primeros veranos de mi vida, en el campo, cerca de los bosques!..... Por el camino, delante de nosotros, pasan gentes rozando la hierba; apenas las vemos; su traje ya no se distingue, pero oímos las *buenas noches* que nos dicen. Pasan también carros arrastrados por bueyes y guiados por hombres á pie: á aquellas horas no se ve que son carros extraños, animales raros de cara larga y extravagante, in-

dios morenos con grandes ojos y con pendientes; no, se parecen á nuestros carros cuando vuelven de los campos; se parecen al regreso de las vendimias ó de las cosechas en nuestro país..... Siento que cada vez me sumerjo más en una especie de sueño del *país*, sentado al pie de aquel árbol caótico, que se ha convertido para mí en un roble de Saintonge: encima de mi cabeza, á través de su negro ramaje, veo brillar una multitud de cositas relucientes, que son estrellas. De tantos recuerdos amontonados en mi memoria, los más lejanos son los que persisten á presentarse en aquel momento, los de mi primera infancia.

En la época á que me refiero, y esto es muy cierto, los veranos en nuestro país no eran empañados y fugitivos como ahora; duraban más, y sobre todo tenían un esplendor sereno que han perdido. Los crepúsculos de Junio, me acuerdo bien, tenían una tibia languidez, y las noches una transparencia..... Era una como especie de irradiación misteriosa esparcida en la obscuridad; eran como la noche aquella..... Había olvidado todo esto, pero al cabo lo encuentro á mi lado, lo reconozco.....

Únicamente los gusanos de luz de Saintonge se estaban quietos en las hierbas, mientras que aquí revolotean locamente; el aire está lleno de sus pequeñas chispas de fósforo; es la única diferencia, todo lo demás se parece..... Pero ¿quién ha podido apagar aquellos hermosos veranos de otro tiempo y cómo he olvidado con los años la impresión de encanto que me causaban? Sólo de cuando en cuando puedo encontrar con trabajo en mi cabeza el rastro casi borrado..... ¡Qué diferencia entre los de hoy, que son pálidos y cortos y los primeros que pasé en la Tierra, que me embriagaban!.....

Comenzamos á oír á lo lejos algo como un ruido de tambores; luego, poco después, cánticos roncós, una especie de coro rápido, y, en fin, de pronto, en la negra cortina de los árboles, una de las grandes avenidas que ya no se veían parece abrirse, horadarse, iluminada en el fondo, allá abajo, por un gran número de blandones inflamados que agitan brazos humanos.

Los cantos se acercan. Es una porción de gente que llega. Ahora se distingue toda la bóveda de la

avenida, una bóveda de palmas iluminada desde abajo por todas las llamas rojas que aquellas personas mueven al pasar.

—Es una boda, señor—dicen los pequeños;— una boda de nuestra religión, señor; una boda de *Tiss*, y podemos *ir para ver*.

—¿Ir? No, no pienso hacerlo; ha turbado mis recuerdos la boda aquella, y la aborrezco.

Hela cerca ya; pasa delante de nosotros. Hay especies de abanicos en el extremo de unos palos, como en los desfiles egipcios; encima de los novios hay grandes quitasoles que por pompa llevan abiertos en plena noche. Gentes, trajes entrevistados á la luz cambiante de las antorchas, á la llama de las ramas que arden. Muselinas blancas echadas al azar sobre hombres cobrizos, velando apenas gargantas admirables; torsos que se inclinan y se columpian sobre delgadas cinturas; paños apretados que se asientan sobre las caderas; ropajes cuyos colores vistosos están combinados en el gusto indio. Las parejas se dan la mano, ó se enlazan poniéndose los brazos en la

cintura; parece que están embriagados de ardor amoroso, ebrios también con gritos y música. Cantan con frenesí; las cabezas están inclinadas hacia atrás, y llevan las bocas completamente abiertas. Oído de cerca, su cántico estridente desgarrador.....

No, no tengo ganas de *seguirla para verla*. Al contrario, á pesar de su belleza mejor quisiera no haberla oído nunca. Es que mis recuerdos tenían un encanto completamente raro y exquisito. Verdaderamente me había vuelto niño pequeño; recobraba impresiones ya olvidadas, deliciosas, inefables que me causaban mis primeras noches de verano. Había un abismo entre el yo que había vuelto á ser y ellos que pasaban.

Quisiera seguir en aquel banco y reanudar todo cuanto ellos han hecho que se disipe.....

Imposible; el olor almizclado de sus cuerpos ha alterado el aire; el ruido que hacían se lo ha llevado todo.

Mi sueñecito tranquilo de *país* y de infancia ha volado. ¿En qué estaba yo pensando? El *país* está lejos y todas las cosas frescas, exquisitas, del prin-

cipio de la vida acabaron para siempre. Esto es la India; estoy en la India, en la India de los pechos de bronce y de los hermosos ojos de terciopelo negro; en la India cálida, exuberante, espléndida! Pues bien, sí, la seguiré, *iré para ver*.....

Y me levanto, impaciente por incorporarme con aquel cortejo, que está ya lejos, perdido de vista, pero que alcanzaremos, dicen los pequeños, por un camino que conocen, por un atajo, si partiéramos en seguida, si corriéramos.

.